

Ignacio Medina Rivas:

SOBRE UN HOMBRE QUE DESPERTÓ EN UN MUNDO DIFERENTE

Despertó con un fulgor de primavera, mareado y confundido, como un renacer en toda regla. Miró a su alrededor, escrutando el lugar como si nunca hubiera estado antes ahí. Y después los vio: hombres y mujeres, críos y crías, muchachos y muchachas, todos absortos en las pantallas de sus teléfonos móviles. Fue algo que le extrañó bastante.

El cansancio le propició cierta dificultad al querer incorporarse y ponerse en pie. Totalmente desorientado y entumecido, comenzó a caminar sin destino alguno, como un espíritu errante en una mansión abandonada. Se acercó a una mujer que él consideraba enormemente atractiva, con los cabellos rubios como el oro y unos ojos verdes preciosos que destelleaban con el brillo de su *smartphone*.

Pretendió iniciar una conversación con ella, pero todos sus intentos parecían vanos. Nada que pudiera hacer iba a distraer su atención. En un prelude a la indiferencia, le lanzó una última mirada inquisitiva, pretendiendo averiguar lo que estaba sucediendo.

Se encaminó hacia un hombre alto y fornido, con largas barbas que colgaban de su rostro como los jardines de la antigua babilonia. Los cristales de sus grandes gafas reflejaban la pantalla de su móvil. Le saludó, después le tendió la mano, luego le tocó el brazo intentando hacerse notar. Pero no percibió estímulo alguno que demostrara que aquel hombre se diera cuenta de su presencia, o al menos, de que le importara.

Sin moverse del sitio, contempló la sala en la que se encontraba intentando conservar la calma. Analizó la situación, pretendiendo inducir lo que acaecía. Y como un estudiante de ingeniería que no logra aprobar una asignatura en la convocatoria extraordinaria de julio, comenzó a desesperarse poco a poco.

Vio una puerta a su derecha, y al cruzarla quedó cegado por la potente luz de una mañana soleada. Entrecerró levemente los ojos hasta acostumbrarse a la intensa luminosidad de la escena. El paisaje era hermoso, frondosos árboles adornaban las calles abarrotadas de personas contemplando sus teléfonos móviles, enormes rascacielos grisáceos cortaban el paso y se alzaban en un intento por tocar el cielo azul.

La calidez del escenario no fue suficiente para contrarrestar la sordidez del ambiente. Pronto la leve desesperación empezó a crecer en un atentado contra su cordura. Caminó por las abarrotadas calles, chocando con los hombros de las personas que no se molestaban en apartarse, que no mostraban atisbo de inteligencia alguna, que estaban muertos en vida.

La desesperación tornó en claustrofobia. No podía comprender lo que estaba sucediendo, y eso lo estaba retorciendo poco a poco. Su paciencia estaba menguando, y se dio cuenta de ello cuando se vio agitando sin violencia a un joven muchacho que no soltaba su teléfono.

Se fijó en el dispositivo y pronto se cercioró. Había encontrado el origen del secuestro neuronal del que eran víctimas las masas. - ¿Tan concentrados están en las pantallas de los teléfonos móviles que no se dan cuenta de mi presencia? - pensó. - ¿Qué es tan interesante que prefieren no vivir? ¡Malditos canallas! ¡Malditos artilugios! -.

La claustrofobia metamorfoseó en frustración. En un desesperado intento de llamar la atención le preguntó a una chiquilla: - ¿Quién eres? -. No obtuvo respuesta. Se acercó a un

hombre trajeado y repeinado que tenía una *tablet* entre sus manos: - ¿Quién eres? – replicó. De nuevo sin respuesta.

La frustración comenzó a crecer desmesuradamente. Cada vez levantaba más la voz y no se daba cuenta. Los nervios lo estaban abandonando y cada segundo que pasaba era peor que el anterior: - ¿Quiénes sois? – gritó.

Pronto se dio cuenta de la triste realidad. Estaba acompañado, pero estaba solo. No sabía cómo había empezado, pero era consciente de cómo había terminado, porque lo estaba sufriendo en sus carnes. No entendía por qué, simplemente sabía lo que acaecía en las calles. En la ciudad. – En todo el mundo - pensó.

Sin ganas de nada e incapaz de escapar del agobio, se sentó en un banco junto a un parque cercano. Notó un bulto en el bolsillo derecho de su pantalón, era sólido y rectangular: era su teléfono móvil. Deslizó la pantalla para desbloquear el terminal y lo miró fijamente, petrificado. Pronto la frustración comenzó a desvanecerse, los sentimientos de agobio y tristeza lo abandonaron y quedó en un estado vegetal y tranquilo.